

hablaba de prescripción y estipulaba, en cambio, la convocación de una Constituyente tan pronto como lo permitiesen las circunstancias.

A las dos proposiciones, la emperatriz y el Consejo de ministros, en su reunión del 4 de septiembre por la mañana, opusieron la redacción siguiente:

«1.º Institúyese un Consejo de regencia y de defensa nacional, compuesto de cinco miembros, cada uno de los cuales es nombrado por mayoría absoluta del Cuerpo legislativo.

«2.º Los ministros son nombrados bajo la refrendación de los miembros del Consejo.

«3.º El general conde de Palikao es nombrado teniente general de este Consejo.»

Este extraño proyecto tenía tan pocas probabilidades de ser adoptado por la asamblea, que el conde de Palikao, de acuerdo con sus colegas, substituyó la palabra *Regencia* por la de *Gobierno* y envió á Clemente Duvernois á proponer esta modificación á la emperatriz. El ministro de Comercio volvió de las Tullerías al Palacio Borbón con el consentimiento de la regente al cambio propuesto, equivalente, en suma, á la abdicación; pero mientras tanto la muchedumbre había amenazado invadir la Cámara y el ministro de la Guerra había leído en la tribuna el proyecto no modificado.

Aunque ya poco importaban aquellos cambios *in extremis*. A las dos de la tarde del día 4 de septiembre ¿podía aún ser cuestión de un simple expediente? El imperio ya no existía. Acababa de saberse que en Lyon se había proclamado la República y se veía claramente que las tropas no defenderían á la asamblea contra el pueblo. El diputado más popular de la izquierda, después de vanos esfuerzos para asegurar el respeto del Cuerpo legislativo, del cual espera aún un voto de prescripción y un movimiento de patriotismo, vuelve á subir á la tribuna, ya ocupada por los manifestantes, declara que Luis Napoleón y su dinastía han cesado de reinar en Francia, y añade, á instancias imperiosas de la muchedumbre y en medio de sus gritos atronadores: «¡Sí! ¡Viva la República! Vamos á proclamarla en la Casa consistorial.»

Durante estas escenas tumultuosas, la comisión encargada de estudiar las tres proposiciones de Julio Favre, Palikao y Thiers, había adoptado la última.

«En vista de las circunstancias, la Cámara nombra una comisión de gobierno y defensa nacional. Formaráse una Constituyente tan pronto como las circunstancias lo permitan.»

Esta resolución no puede ser presentada á la Cámara, disuelta de hecho. Adoptada por 200 diputados, con las palabras: «En vista de la vacante del trono,» es llevada á la Casa consistorial por Grevy. A las ocho de la noche Julio Favre y Julio Simón, delegados por sus compañeros de gobierno, llegan al Palacio Borbón, enteran á los diputados de los acontecimientos de la Casa consistorial y declaran que el nuevo gobierno quisiera obtener la ratificación del Cuerpo legislativo, pero que no puede cambiar nada de lo hecho. «Sólo la historia, contesta Thiers, que preside la reunión, puede juzgar los acontecimientos actuales; mis colegas no me han confiado la misión de decirlos que los ratifican...; hacemos votos por vuestro triunfo, porque sería el de nuestra patria.»

Tales fueron las últimas palabras pronunciadas en el comedor grande del Palacio Borbón en nombre de la asamblea elegida en 1869. En cuanto á las tentativas hechas posteriormente por la comisión informadora para demostrar la complicidad de la izquierda con el motín, antes y durante el 4 de septiembre, abortaron miserablemente. Los verdaderos autores de aquella revolución sin lágrimas, sin tiros y sin desorden, fueron los alemanes, y éstos no tuvieron más cómplices que el Gobierno imperial y la mayoría del Cuerpo legislativo.

II

El poder constituido el día 4 de septiembre en la Casa consistorial no era tanto el gobierno de Francia cuanto un gran Consejo local encargado de disputar á los prusianos los muros de París. Componíase de los diputados de la capital, exceptuando á Bancel, postrado en cama en el Mediodía; á Julio Grevy, que después de haber querido que se respetasen las formas legales, no pudo figurar en el nuevo gobierno y esperó la conclusión de la guerra sucesivamente en Tours, Burdeos y el Jura, y á Adolfo Thiers, que se consideró en la imposibilidad de prestar á los demás el concurso de su experiencia, de sus conocimientos y de la inmensa autoridad de su nombre.

Julio Favre, designado para la presidencia del gobierno, se eclipsó ante el general Trochu, si bien tuvo que aceptar la dirección de los Negocios extranjeros, dirección que iba á ejercer en las circunstancias más anormales del mundo desde una ciudad estrechamente bloqueada, sin comunicaciones regulares posibles con su delegado en provincias Sr. de Chaudordy, que vino á ser de hecho el verdadero director de las Relaciones exteriores. A partir del 7 de octubre, después de la salida de Gambetta, Julio Favre regentó además el ministerio del Interior, reducido realmente á la administración de París.

Julio Ferry no recibió cartera alguna, pero fué nombrado prefecto del Sena y asumió las funciones de alcalde de París después de la dimisión de Esteban Arago, desempeñando su doble y pesado cargo con ánimo tranquilo, con una presencia de espíritu inalterable y con un sentimiento de las necesidades gubernamentales que fueron de gran utilidad para el nuevo poder.

Julio Ferry era novel como Rochefort, que debía su prodigiosa fama á su *Linterna*. Crémieux, Glais-Bizoin, Garnier Pagés, Manuel Arago y Pelletán eran veteranos de la política; su avanzada edad les hacía poco aptos para la misión que habían aceptado. Glais-Bizoin y Crémieux, designados para formar parte de la Delegación de Tours, salieron de París en la primera quincena de septiembre. El ministerio de Justicia, conferido á Crémieux, fué regentado, después de la salida de éste, por Manuel Arago. Garnier-Pagés, el ex ministro de 1848, se vió privado de la cartera de Hacienda, que fué dada, á guisa de compensación, á Ernesto Picard, cuando Gambetta hubo sido designado para el ministerio del Interior.

El diputado irreconciliable de 1869, el adversario de los ejércitos permanentes, el ardiente tribuno que tan tremendos golpes había asestado al régimen imperial, se veía elevado al poder á la edad de treinta y dos

años por una revolución que él no había hecho ni deseado. Iba á tener en París la misión de contener á aquellos conspiradores, á aquellos irreconciliables que le habían tenido la víspera por compañero de lucha, y fuera de los muros de la ciudad sitiada, la tarea de reconstituir aquellos ejércitos cuya supresión fué el principal artículo de su programa. Por una de las grandes ironías de la política, el revolucionario iba á convertirse en moderador y el adversario de las «hordas pretorianas» había de conquistar su mejor título de gloria consagrándose, después de la paz, á la reorganización militar de Francia.

Julio Simón, ministro de Instrucción pública, de Bellas artes y de Cultos, se halló, como Ernesto Picard en Hacienda, al frente de servicios importantes y de personales intactos, que hubieran marchado perfectamente sin jefes y que ni el sitio ni el bombardeo habían de interrumpir en París.

El ministerio de Obras públicas fué confiado á Dorián, el de Comercio y Agricultura á Magnin, el de la Guerra al general Lefló y el de Marina al almirante Fourichón. Fueron nombrados secretarios del gobierno los señores Dreó, Durier, Herold y Lavertujón, y prefecto de policía el Sr. de Keratry, á pesar del papel que desempeñara en 15 de julio y que los formidables acontecimientos de los últimos meses habían hecho olvidar.

Hace siglos que en Francia, el país de la centralización, la consigna parte de la capital, y á esto hay que añadir que París se hallaba entonces en una situación excepcionalísima. Plaza fuerte, campo atrincherado, órgano indispensable para la vida normal de la nación, iba á convertirse muy pronto en objetivo principal de los ejércitos enemigos. Con razón ó sin ella, predominaba la idea de que París encerraba en sus muros la salud y el honor del país. Este no estaba aún acostumbrado á la derrota y nadie pensaba en las futuras campañas de aquel *año terrible*. París era la suprema esperanza de los franceses.

Los hombres del 4 de septiembre estaban animados de los sentimientos del patriotismo más puro; eran fieles y desinteresados servidores de la democracia; sabían hablar al pueblo, y la lucha tenaz que habían sostenido contra el imperio aumentaba su influencia, puesto que los acontecimientos les daban razón. Pero no habían podido adquirir experiencia alguna en la gobernación del Estado.

Para Francia, en las terribles circunstancias que atravesaba, el único recurso era una victoria inesperada ó una feliz negociación; y el gobierno puso á su cabeza un general que no tenía fe en la victoria y confió su diplomacia á un admirable orador que, al día siguiente de entrar en funciones, alarmó á Europa proclamando los principios revolucionarios y cerró la puerta á toda negociación práctica, dirigiéndose menos á las cancillerías que á Francia y empleando un lenguaje que, con ser noble, no podía en sus labios garantizar el porvenir.

Los orígenes mismos de este gobierno hicieron cometer á éste una de sus faltas más graves. En vez de dejar que París, amenazado de cerco, se defendiese; en vez de ir á organizar la resistencia en provincias, se dejó encerrar en una fortaleza sitiada, contentándose con enviar desde luego á Tours una delegación sin autoridad y sin prestigio.

Se ha dicho que todos los individuos del gobierno querían compartir el peligro común, y que abandonar París era entregarlo á la anarquía; pero el primer deber de todo gobierno no consiste en combatir, sino en gobernar, y los hombres del 4 de septiembre hubiesen podido dejar el mando de la plaza sitiada á un general cuya autoridad hubiera sido probablemente menos discutida.

De esta manera hubiesen evitado quizá la jornada del 31 de octubre, el fracaso del armisticio negociado por Thiers y más tarde el drama de la *Comune*. ¡Quién sabe también si, libre de sus movimientos, Julio Favre hubiera conmovido á Europa en la conferencia de Lon-



El almirante Fourichon

dres! En cuanto á las provincias que dentro del peligro común ofrecían aún los recursos necesarios para prolongar la lucha, se hubieran agrupado sin dificultad en torno de un gobierno que se hubiese acercado á ellas.

Sitiado París, encerrado el gobierno, todo el país resultaba entregado á los azares de la improvisación y al capricho de los acontecimientos. Esto prueba que el gobierno de un pueblo que lucha por su existencia, debe ser libre. Aunque tenga que refugiarse en la última provincia ó pasar la frontera, no debe exponerse á las fiebres obsesionales ni dejarse reducir á las capitulaciones.

Una vez constituido, el gobierno se encontró en presencia de un deber imperioso, el de poner á París en estado de defensa, y de un problema terrible, el de resolver si había de continuar la guerra.

Cumplió sin desaliento con su deber militar. Gracias á sus esfuerzos, París pudo asombrar al mundo con su heroica resistencia. Pero desde que se trató de negociar, surgió una cuestión subsidiaria: el gobierno de 4 de septiembre, ¿tenía la autoridad necesaria para concluir la paz? Poder de hecho, su existencia no había sido ratificada por el sufragio universal, base del derecho pú-

blico, en Francia, desde 1848. Ciertamente es que las potencias entraban en relaciones con él. Pero esto no era más que una necesidad de la situación. En cuanto al vencedor, éste tenía interés en multiplicar las negociaciones con todos los que pretendían estar autorizados para ello.

Antes de entablar negociación alguna, el gobierno de la defensa nacional hubiera debido convocar una asamblea constituyente. Pero el derecho tropezaba con los hechos. Si se abrían los comicios, ¿cómo podrían emitir libremente sus votos las provincias invadidas? Sólo podían votar con el consentimiento del invasor. Pero éste exigiría ante todo la firma de un armisticio, y para concluirlo era preciso aceptar las condiciones, ya rigurosas, que había puesto el vencedor.

Sería inexacto suponer que si el Imperio hubiese sobrevivido a la catástrofe de Sedán, hubiera concluido inmediatamente la paz, y que si el gobierno de la defensa nacional, apenas constituido, hubiese puesto fin a la guerra, hubiera salvado la integridad del territorio. El gobierno imperial agonizante profesaba, sobre la cuestión de la paz ó de la guerra, las mismas ideas que no tardaron en ser proclamadas por Julio Favre, y la Prusia, desde sus primeras victorias, estaba resuelta á no tratar sin obtener una importante cesión territorial.

Al constituirse prisionero Napoleón, trató incidentalmente de la cuestión de la paz, y Bismarck ya indicó entonces, como condiciones, la cesión de la Alsacia y parte de la Lorena, además del pago de una indemnización de cuatro mil millones de francos. Como una de las pruebas de las intenciones de Prusia, se puede citar el decreto de 14 de agosto de 1870, nombrando al conde de Bismarck-Böhlen gobernador general de la Alsacia.

Por aquel entonces, el estado mayor general prusiano publicó un mapa señalando aproximadamente, como límites de la nueva provincia, los mismos que habían de ser inscritos en el tratado de los preliminares de paz.

Lo cierto es que, para concluir, en 4 de septiembre, cualquier convenio de tregua ó paz con el enemigo, Francia hubiera tenido que sacrificar Estrasburgo, que aún se mantenía firme, y quizá Metz, que ni siquiera se hallaba sitiado. El gobierno de la defensa nacional hubiera puesto en vano su firma al pie de semejante documento; la explosión de la cólera pública lo hubiera roto. Los hombres del 4 de septiembre habían recibido una especie de mandato de desesperación, y no podían justificar su existencia sino con la guerra á todo trance.

Sin desesperar de la continuación de la lucha, el gobierno quiso saber de labios del vencedor las condiciones de la paz ó de un armisticio. Julio Favre fué á Ferrerres con el objeto de avistarse con Bismarck, pero de la entrevista no resultó el acuerdo. Históricamente, subsiste una mala inteligencia sobre las condiciones que el ministro prusiano puso á Julio Favre. Al gobierno le preocupa también la opinión de Europa y encarga á Thiers que le instruya sobre este punto. El antiguo ministro de Luis Felipe, que se había negado á formar parte del gobierno de la defensa nacional, no declina la misión que se le confía. Las desgracias de Francia conmueven á Europa; pero ésta ha tomado la resolución de no intervenir directamente entre los beligerantes. Rusia é Inglaterra facilitan, sin embargo, una

nueva entrevista de Thiers con Bismarck. Esta tiene efecto en Versalles. Thiers dice «haber creído adivinar que dos mil millones con la Alsacia y parte de la Lorena, sin Metz, podrían ser las condiciones de una paz inmediatamente firmada.» Examina, con Bismarck, la eventualidad de elecciones hechas inmediatamente, sin armisticio ni abastecimiento; pero la sedición del 31 de octubre, ocurrida en París, rompe estas negociaciones. Francia, sin embargo, comprende las proporciones del desastre que amenaza su integridad, y esto hace aumentar su cólera patriótica. En provincias y en París se hacen esfuerzos desesperados. París se deja reducir al hambre. Las provincias, donde el admirable ardor de Gambetta despierta los ánimos y utiliza todas las fuerzas disponibles, improvisa ejércitos. Los franceses hacen frente al enemigo en todas partes, aun después de la capitulación de Metz, y sucumben sucesivamente los ejércitos del Loira, del Norte y del Este.

París, hambriento, tiene al fin que rendirse, y su caída es la de Francia.

En 27 de enero de 1871 se firma un armisticio para la convocación de una asamblea nacional cuyo mandato consistirá en pronunciarse sobre la continuación de la guerra ó la conclusión de la paz.

Un decreto, fechado en 29 de enero, y publicado al día siguiente en París y en las grandes ciudades de provincias, convoca las elecciones para el 8 de febrero. Durante este corto período de diez días, Francia pudo recogerse en el sentimiento de las faltas cometidas, de los dolores presentes y en la inquietud del porvenir. Esta gran consulta nacional era, pues, como un inventario moral que la nación hacía de su situación, de sus pérdidas, de sus fuerzas y de sus esperanzas. Tristes horas, cuyos dolores hay que renovar, sin embargo, para la inteligencia de los acontecimientos y para la enseñanza permanente de los que no vieron tales cosas.

Los que fueron testigos de la guerra y de la catástrofe final sintieron la amargura de tener algo de que acusarse. Además de vencida, Francia salía castigada.

El más cruel de los castigos, para una nación unificada, es el sentimiento universal de la disociación. París y las provincias, y las provincias entre sí, por medio de París, viven, desde hace siglos, una misma vida, y durante el sitio se sentían aislados, perdidos, sin contacto y sin lazo de unión. La respiración había cesado, y esta interrupción era por sí sola un sufrimiento, una terrible angustia.

No es posible describir la vida ansiosa de aquellas últimas semanas, cuando, vueltos los ojos hacia el cielo, se esperaba la buena noticia, el milagro, la victoria siempre predicha y nunca alcanzada. Una especie de entusiasmo constantemente burlado sostenía los cuerpos y las almas hasta el cansancio de la noche y el mal reposo de los sueños agitados, interrumpidos por la alarma de los ruidos imprevistos ó por la inquietud del silencio.

En aquel aislamiento y en aquella expectación, la gente se buscaba; formaba corros en la vía pública, bajo el cielo gris de enero; comentaba los telegramas, los manifiestos del gobierno, las frases, siempre las mismas, de «retirada en buen orden,» de «leva en masa,» «vencer ó morir.» Los viejos sacudían la cabeza y los más jóvenes trataban de comprender, con el asombro,

reflejado en sus ojos, aquella injusta y cruel entrada en la vida.

A Francia le faltaba París como si le hubiesen quitado la facultad de pensar, para no dejarle más que la de sentir y sufrir. El lento y prudente espíritu provincial, caído de desilusión en desilusión, comprendía mal lo que había pasado.

¡Cómo! ¡Después de un reinado tan brillante una derrota tan pronta, y con la derrota la ruina, la vida paralizada, ocho meses de dolores y sacrificios, la invasión extendiéndose como mancha de aceite, la llegada de los hulanos por pequeños pelotones furtivos é inquisidores; las requisiciones, los alojamientos, las promiscuidades, el servilismo de la sonrisa, la rabia en el corazón y el sonrojo en la frente; las alarmas y las violencias, el chifido burlón del pífano y el redoble sordo de los tambores chatos, la punta de los cascos y el *Wacht am Rhein* que subía de la llanura las noches de batalla!

No había familia que no sufriese; las fortunas eran destruidas ó amenazadas, abandonadas las viviendas, asolados los campos y diezmados los hogares. Los hombres habían marchado casi todos: á los soldados habían seguido los guardias móviles, á éstos los guardias nacionales, y á estos últimos los cazadores de cuerpos francos. De vez en cuando volvían los heridos, los enfermos ó los prisioneros escapados de alguna casamata, que habían atravesado inmensas comarcas protegidos por las tinieblas de la noche y pasado ríos á nado en pleno invierno para venir á morir en su hogar. Las mujeres habían tenido que asumir la dirección de la casa y de los negocios, y hasta, en el Norte y en el Este, hacer frente al enemigo. Ciertas provincias que no habían visto el humo de los vivaques extranjeros desde la guerra de los Cien años, estaban ocupadas por el enemigo desde hacía largos meses. Las madres temblaban por los hijos que aún les quedaban en el hogar, preguntándose si á su vez habían de ser reclutados para la muerte.

Repetidos golpes habían hecho penetrar esos dolores en el corazón de las provincias, las cuales se preguntaban si habían sido bien dirigidos, si el brillante y luminoso París había cumplido con su deber. Nacía la desconfianza respecto á la capital y ésta no ejercía ya la dictadura diaria de su prensa, de sus ideas y de su seducción. No se tenían noticias de París. ¿Qué había sido de él?

Tan pronto como se abrieron sus puertas, cambióse un inmenso relato de un extremo al otro del país sobre lo que había ocurrido durante tan larga separación.

Mucho habían sufrido las provincias, pero París había sufrido aún más. Sitiado, sin aire, encerrado detrás de sus fuertes, dentro de su recinto amurallado, ahogándose en su altivez y en sus cóleras vanas, París ofrecía un espectáculo terrible. Dos millones y medio de hombres aprisionados durante cinco meses era cosa nunca vista en el mundo. París había sufrido voluntariamente aquellas penalidades, pero á costa de un gastamiento nervioso que lo había enloquecido.

Entre la resolución triste y resignada de las provincias y el furor, tranquilo al principio, pero luego irritado, de París, había un desacuerdo sobre el cual se explicaron mal y con premura. París refería la opresión

del sitio, el entusiasmo de los primeros días, la fe en los hombres nuevos, el impulso de todos y el sacrificio unánime para el cual estaban dispuestos, todo el mundo en los muros, el kepis de Víctor Hugo simbolizando esta situación; las proclamas del gobierno, leídas desde luego con entusiasmo, después con sorpresa y finalmente con ironía; la instancia general y continua de una «salida en masa,» las dudas de los jefes, el famoso plan del gobernador, las decepciones crecientes, las violencias de los partidos extremos, la discordia reinando en la plaza sitiada, la caída gradual de los hombres populares; luego la expectación, las esperanzas siempre alentadas y siempre fallidas; los ojos mirando también al cielo en espera de palomas mensajeras de la libertad ó de la victoria; las cartas microscópicas leídas y releídas en grupos, tan poco explícitas y tan sobradas, sin embargo, de malos augurios; las aclamaciones de un día y el silencio del día siguiente; por último, el reposo de la noche interrumpido por el estampido de los primeros obuses anunciando el bombardeo en que no se creía, la indignación, la alegría tétrica, los chiquillos corriendo por la calle tras los cascos de granada, París trasladándose los domingos á los barrios en que llovían los proyectiles, la mudanza de los habitantes de toda la margen izquierda, los hospitales y los edificios públicos bombardeados, obuses en San Sulpicio, en la Salpetriere y en el Panteón; luego el hambre, las viandas extrañas, la carne de gato, de rata, de elefante; el precio exorbitante de los víveres, el pan negro, las raciones, las colas interminables á las puertas de las carnicerías y de las tahonas, la falta de combustible, la tala de los árboles del Bosque de Boloña y de los jardines, las calles sumidas de noche en las tinieblas, las epidemias, la mortandad creciente, diez mil hombres guadañados, el malhadado nacimiento de los que venían al mundo en tan aciagos días; en fin, la rabia y la desesperación de sentir que no se hacía nada, que quizá nada se podía hacer, las convulsiones impotentes de la agonía, Champigny, Buzenval, las palabras imprudentes: «O muerto ó victorioso,» el «gobernador de París no capitulará,» y el rencor final de la capitulación, con el sentimiento vago de que tantos esfuerzos y tantos sacrificios habían sido inútiles.

Estas confidencias se cruzaban tristemente, entre las familias apenas reunidas, con las lágrimas y los duelos particulares, puesto el pensamiento en los deudos y amigos que habían caído prisioneros y en aquellos cuyo paradero se ignoraba y que no volverían jamás.

Mas, por cima de todo, se cernía, como un clamor sordo y un gemido compuesto de todos los gemidos, el duelo de la patria.

¡Todo había sido ceguera y desilusión! Ceguera de los militares: aquellos veteranos de Argel, de Crimea y de Italia que en sus antiguas campañas habían conservado intactas sus banderas, no habían conocido ahora más que derrotas y capitulaciones. Ceguera de los patriotas: vanamente habían tenido fe en las fórmulas revolucionarias, en las «levas en masa,» en las «reclutas voluntarias,» en los cuerpos francos, en las guardias nacionales y en la *Marsellesa*. Ceguera de los humanitarios, que no salían del asombro que les causara aquel furor soldadesco después de haber conservado tanto tiempo la fe en la paz y mantenido la le-